

LA RECEPCIÓN DE LA OBRA NIETZSCHEANA EN ESPAÑA
A TRAVÉS DE LA OBRA DE RAMIRO DE MAEZTU:
*HACIA OTRA ESPAÑA*¹

The Reception of Nietzsche's Work in Spain
through Ramiro de Maeztu's Work *Hacia otra España*

Irene Urquizar Melguizo

Universidad de Granada

Las obras del escritor Ramiro de Maeztu (1875-1936) constituyen una importante fuente de documentación para comprender la influencia que la obra nietzscheana ejerció en el pensamiento finisecular español. Tras el examen del libro de Gonzalo Sobejano *Nietzsche en España*² y algunas otras obras en relación con los escritores del Noventa y ocho y las influencias extranjeras que hicieron mella en la formación de su pensamiento, tales como *La generación del Noventa y Ocho*³ de Pedro Laín Entralgo, *Sociología del 98*⁴ de José Luis Abellán, *¿Invento o realidad? La generación española de 1898*⁵ de José Luis Bernal Muñoz, *Juventud del 98*⁶ de Carlos Blanco Aguinaga, *Modernismo frente a noventa y ocho: una introducción a la literatura española del siglo XX*⁷ de Guillermo Díaz Plaja, etc., se llegó a la consideración de que sería necesario realizar un estudio pormenorizado de algunas de las obras de Maeztu en relación con el filósofo alemán.

La obra de Maeztu en que más hondamente cala el pensamiento nietzscheano es *Hacia otra España*. Este compendio de artículos de su etapa juvenil se encuentra invadido casi en cada página de ideas provenientes de las lecturas de Nietzsche. En él encontramos retratados al hombre de acción, el poder individualista, el afán de regeneracionismo, el alcance de la modernidad, el ideal de transvaloración, etc. Maeztu consigue una crónica profunda de la sociedad española y denuncia la necesidad de actuación. Se muestra partidario de la guerra para conseguir establecer las reformas necesarias en el país. Por este motivo reforzar el ejército adquiere una gran importancia. Retrata su prototipo de súper-hombre, ligado al sector empresarial y perteneciente activamente al capitalismo y promueve la educación como valor de futuro. El contenido de este libro es

1. R. de Maeztu, *Hacia otra España*, Madrid: Biblioteca Nueva, vol. 1, 1997.
2. G. Sobejano, *Nietzsche en España*, Madrid: Gredos, 1967.
3. P. Laín Entralgo, *La generación del Noventa y Ocho*, Madrid: Diana Artes Gráficas, 1945.
4. J. L. Abellán, *Sociología del 98*, Barcelona: Península, 1973.
5. J. L. Bernal Muñoz, *¿Invento o realidad? La generación española de 1898*, Valencia: Pre-Textos, 1996.
6. C. Blanco Aguinaga, *Juventud del 98*, Madrid: Siglo XXI, 1970.
7. G. Díaz Plaja, *Modernismo frente a noventa y ocho: una introducción a la literatura española del siglo XX*, Madrid: Espasa Calpe, ²1966.

profundamente social, en él se dan cabida pensamientos y tendencias, venidos de lejos, que aspiran únicamente a la mejora de la nación española.

Hacia otra España destaca por ser el primer libro publicado de Maeztu. A continuación se va a proceder al examen detenido del mismo, teniendo en cuenta su relación con la filosofía nietzscheana. La mayor similitud, y en la que nos vamos a centrar, se encuentra justamente en el contenido ideológico del escrito de Maeztu respecto de los antecedentes nietzscheanos. *Hacia otra España* es sobre todas las cosas un grito en pos de la regeneración de un país que sufre uno de sus peores momentos históricos tras la derrota en Cuba. Maeztu contempla el panorama español con cierta incredulidad, no comprende que el desastre haya dejado a España sin posibilidad de progreso y se pregunta: «¿Es posible que después de la catástrofe todo siga como antes, iguales ministerios, análogo raquitismo intelectual, idéntica quietud, la misma inconmovible pequeñez?»⁸. España no se mueve, no camina hacia delante, no se encuentra en el país la motivación necesaria para forjar un futuro mejor. «Parálisis... Nos place la palabra. No de otra suerte puede calificarse ese amortiguamiento continuado de la vida colectiva nacional...» (63). El decadentismo marca una época de fracasos nacionales, la gente insatisfecha ha dejado de actuar, ha dejado de pensar. Se ve sostenida tan sólo por finos hilos de tradición que a duras penas soportan el peso de tamaña empresa.

¿No necesitaremos comenzar a pensar de nuevo?, ¿no será cosa de preguntarse si la centuria que agoniza ha transcurrido, pugnando en vano por ajustar los hechos a una filosofía preconcebida, en lugar de derivar la filosofía de la sucesión aleccionadora de los hechos? (84).

El español ha abandonado la acción, pero sobre todo ha dejado de lado el único puente que le unía a la salvación, el crecimiento de las ideas. El marasmo social y la ataraxia se ven respaldados por un poderoso destructor, la falta de pensamiento libre y fructífero. «Con la ruina de la España histórica, con el puntapié dado al derecho, con el naufragio de nuestras ilusiones nacionales, han desaparecido muchos de los tropiezos en los que hubiérase encallado nuestro pensamiento» (212).

Pensamiento que pertenece siempre a las juventudes, por ser ellas las que esperan el futuro, por ser ellas las que ansían la vida sobre cualquier otra cosa. Pero el panorama nacional demostraba todo lo contrario.

Parálisis intelectual reflejada en las librerías atestadas de volúmenes sin salida, en las cátedras regentadas por ignaros profesores interinos, en los periódicos vacíos de ideas y repletos de frases hechas, escritos por el hampa social que lanza al arroyo la lucha por la vida, en los teatros, donde sólo las estulticias del género chico atraen a pensamiento..., parálisis bien simbolizada por esa Biblioteca Nacional en donde sólo encontré ayer a un anciano tomando notas de un libro de cocina de Ángel Muro (63).

Sin duda esperar que la juventud levantara sus inteligencias por defender el ansiado cambio parecía misión imposible. Se habían dejado invadir todos ellos por

8. R. de Maeztu, *op.cit.*, p. 214. En adelante indicamos la referencia a las páginas de esta edición entre paréntesis en el texto a continuación de las citas.

el sentimiento de tristeza y desamparo característico del romanticismo. Románticos venidos a menos que no eran capaces de ver que los tiempos habían cambiado, y que el idealismo infructuoso no servía para nada. Ahora era el momento de un idealismo que moviera al cambio, un idealismo con inquietudes que fuesen más allá del pesimismo existencial. Maeztu se lamentaba del lamento insustancial de la dejadez. «Y para esperanza de curación, una juventud universitaria, sin ideas, sin pena ni gloria, tan bien adaptada a este ambiente de profunda depresión, que no parece sino que su alma está en el Limbo; ni siente ni padece» (64).

Como Nietzsche, Maeztu dirige una crítica fervorosa a la sociedad de su tiempo. Al igual que el alemán, Maeztu opta por la regeneración. Proclama que esta ha de hacerse desde el nacimiento de nuevas ideas que impulsen al hombre a actuar. «La vida y no los textos son los que me permiten estar contento del presente y esperanzado respecto de lo futuro» (57). El panorama actual español es tan sólo el «justo castigo a nuestra cándida ignorancia y a nuestros inocentes romanticismos» (138), con esta frase ataca otro de los fantasmas de Nietzsche, el decadentismo. Y por supuesto busca responsabilidades en la tradición: «¡Responsabilidades! Las tiene nuestra desidia, nuestra pereza, el género chico, las corridas de toros, el garbanzo nacional, el suelo que pisamos y el agua que bebemos» (142). «Vayan enhoramala los catones baratos de la prensa, que acostumbran en épocas de festejos a soltarnos discretos parrafitos, en los que exhortan a los Ayuntamientos y al Gobierno a que se ciñan las vestiduras negras y condenen al pueblo al uso del cilicio y del sayal» (85).

A pesar de su valoración negativa Maeztu tiene un hueco para imaginar un futuro fuerte y renovado. En los clásicos se refugia para encontrar sustento a sus anhelos, en ellos encuentra el ejemplo a seguir. «Si ahondando en nuestras lógicas logramos que nuestro instinto llegue a confundirse con el movimiento de la cosas, habremos hecho una España intelectual tan grande como la España de los místicos o la España de Calderón y de Cervantes» (212).

Ya se ha visto que Maeztu deseaba el cambio, y que apoyaba su construcción desde la transformación del pensamiento. Para que se diera esta metamorfosis había que centrarse en llevar a cabo una transvaloración del ser humano, es decir reinterpretar todos los valores heredados a través de la historia. Vuelve a aparecer el Maeztu nietzscheano. «De todas las desgracias que pudieran acontecer a un país, es la mayor sin duda... el reconocimiento de los falsos valores sociales» (68). A pesar del cristianismo de Maeztu, este sabe darse cuenta que algunos de los preceptos morales infundados por la Iglesia no hacen ningún bien al progreso de la nación. Para él el lastre moral era evidente en una sociedad tan apegada a la tradición cristiana como la española. «En las naciones viejas ese espectro de los recuerdos suele ahogar los impulsos del instinto. Obran en nombre de su razón histórica y de su noción de la justicia» (209-210).

¡Cómo que todos los argumentos que el libro y el periódico nos incrustan en el cerebro desde que somos niños en la noción de lo justo descansan! ¡Cómo que hasta el naturalismo, al cantar la belleza y la fuerza hácelo en nombre de la justicia! ¡Cómo que se ha llegado por ciertas escuelas a establecer una antinomia entre la caridad y la justicia, sin pensar en que lo que se llama justicia para con los débiles es y será siempre, siempre, caridad —yo diría abdicación— del poderoso! ¡Cómo

que todos los alegatos políticos y aun económicos se hacen invocando la justicia, aunque más tarde se nos revele su verdadero móvil! ¡Cómo que las escuelas filosóficas subordinan sus lógicas a esa tendencia! (207).

Él mismo reconocía haber caído en la trampa de las viejas preconcepciones morales: «he sido víctima intelectual de la noción de justicia» (*ibid.*).

Los valores sociales se invierten. Ya la personalidad humana no es tanto más grande a medida que es mayor su resistencia contra la fatalidad. Esa grandeza es un espejismo; es negativa. Sólo produce el dolor y la muerte. El hombre, al contrario, ha de pesarse por el esfuerzo con que coadyuva al dinamismo de las cosas. La misión del artista es concebir una imagen que abarque en su desarmonía la mayor cantidad de vida. La del pensador fundir su lógica en el «devenir» de los sucesos. La del hombre de acción caminar al compás de los hechos... así el ensueño de creación que es el placer único, el placer por antonomasia, embellecerá nuestra existencia (210-211).

Aboga por crear una nueva moral donde no tenga lugar la abulia, donde la acción unida al sueño desencadene un mundo nuevo. Entre los valores nuevos se contarían el instinto, la fuerza, la pasión. Una forma de concebir la vida donde la debilidad no tenga cabida. El instinto de lucha recobra potestad, se quiere al hombre guerrero, al que combate con su enemigo y no duda en imponerse, aunque a la óptica de los viejos valores pueda parecer un acto bárbaro. «Nietzsche compara la pequeñez de nuestros raciocinios con la grandeza del instinto, ‘ese Señor omnipotente y escondido que vive en nuestro cuerpo, que es nuestro cuerpo’, han perdido su hechizo todas las viejas fórmulas de nuestro saber especulativo» (210).

En otra ocasión vuelve a citar a Nietzsche en referencia al mismo tema, la rebeldía contra la ética establecida. Y lo presenta como a un creador del futuro:

Los hechos se realizan sin sujetarse a fórmulas éticas —el retruécano se impone, fórmulas éticas, ifórmulas tísicas!—. De los fantasmas sólo los visionarios hacen caso... A Federico Nietzsche, el Redentor, el poeta que ha alcanzado en sus días de vislumbre la identificación de su pensamiento con su instinto, de su vida con la vida universal, le ha costado la empresa la pérdida de su razón, la pérdida de su entendimiento prodigioso! No me diga, con el señor Sanz Escartín, que tales ideas sólo pueden conducir a la locura. Las ideas a nadie vuelven loco, sino la presión a que someten sus cerebros los intelectuales creadores (206).

El individualismo se ofrece a Maeztu como la herramienta perfecta para formar la voluntad del nuevo hombre necesario para el cambio. «¿Haremos esta jornada de propio impulso? La cuestión es más individual que colectiva» (51). El individuo es la parte más importante de la reforma, él ha de ser el impulsor de la nueva patria. Confía en la aparición en escena del nuevo salvador. «Existen esas individualidades y en ellas depositamos nuestra esperanza de mejores días» (151). *Hacia otra España* es un llamamiento al desarrollo de esas personalidades abrumadoras que en otros tiempos devolvieron la cordura y el sentido a la nación. Se lamenta de que la historia haya jugado tan en contra del individuo, que lo haya dejado morir, que lo haya convertido en parte del rebaño. Para Maeztu fue «triste que, ante el silencio universal, se apagaran los clamores individuales»

(215). Rompe una lanza a favor del individuo, como en tantas ocasiones hizo Nietzsche, confía en la fuerza de este por encima de cualquier adversidad. «Los combates solitarios del pensamiento no son menos combates que los que en otros tiempos se efectuaban en la calle» (212).

He notado que cuando usted habla de la juventud actual prescinde igualmente de los muchachos que siguen la carrera de yernos, de los que ingresan en los Luises, de los escasos entusiastas de corbata, para fijarse casi exclusivamente en aquella minoría, que se permite contemplar con despectivos ojos lo mismo la manía religiosa que el furor patriótico o el altruismo democrático y reserva sus alabanzas para los grandes hechos egoístas. Hace usted bien (204).

Ejemplar proveniente de este individualismo es la figura del súper-hombre. Siguiendo a Nietzsche Maeztu proyecta esta figura dentro de su pensamiento social. Comprende que en el súper-hombre se puede hallar parte de la solución al problema español. Destierra definitivamente la idea cristiana y marxista de igualdad entre los hombres y se posiciona del lado de la diferenciación de clases.

Es ya vulgar la idea de que los hombres no pueden dividirse en buenos y malos; ni en sabios e ignorantes; ni en altos y bajos; ni en ricos y pobres. Creemos que no hay más que dos razas de hombres; la de los hombres que conocen su oficio, raza superior que encuentra en el trabajo su placer y vive segura de sí misma y del porvenir; en un presente que mejora de día en día, y la raza de los hombres desconocedores de su oficio, raza delezpada a subsistir en fuerza de engaños o merced a la piedad de los demás (67).

A estos nuevos hombres que saben cuál es su misión, encarga el más complejo de los trabajos, el trabajo por la patria. Es «la dirección suprema de los pueblos, función de los creadores de ideas, de los intelectuales puros, abstractos, andróginos» (96). Este individuo hecho del material de los sueños y la fuerza, debe vencer cualquier sentimiento que le lleve al fracaso, entre otros la contraproducente caridad cristiana. «Soy partidario de la moral de los fuertes y el sentimiento del perdón sugiéreme muy pocos entusiasmos. Veo en él, muy a menudo, más que la indiferencia ante la lujuria, la impotencia para el castigo. Lo juzgo inferior al placer olímpico de la venganza» (97).

El cristianismo mina al súper-hombre transformándolo en el débil predominante del Fin de Siglo, por este motivo en contra de la religión generalizada, el súper-hombre ha de extraer las creencias y preceptos de dentro de sí mismo, haciendo una vez más de la religión un ejercicio de individualidad. Así se llega a ser fuertes, así se vence el miedo y la lastima, así es como se desarrolla el fuerte, tan sólo buscando la fortaleza interna.

Déjense de endiosar el llanto, siempre estúpido, el desengaño siempre ridículo, el desaliento siempre bufo. Estamos hartos de oír las letanías de los tullidos cuando van por la calle con su eterno: «Abran paso, señores, que todos somos hermanos». Basta, basta de la moral de los tullidos... Si en los pueblos sanos surge de propio impulso la moral de los fuertes, ésta a su vez conserva y agranda la salud de los pueblos (222).

Si se dejase de lado el sufrimiento ajeno para centrar la atención en el desarrollo de nuestras capacidades, si todos apostásemos por el más fuerte, llegaría entonces la solución. «¡La obra de Jorge Washington ha producido unas Cámaras que proclaman solemnemente el derecho de la fuerza! Sea. La fuerza humana es un compuesto de potencia, tenacidad, entusiasmo y convencimiento de que asiste la razón al combatiente» (119).

«¡Los que no sucumban han de ser en absoluto hombres de temple!... Gracias a esta supresión de los débiles vamos a mejorar la raza» (99). Maeztu pone sus esperanzas en que sea cierto que se pueda mejorar al ser humano. Revive una y otra vez en sus escritos la idea de ese hombre ideal que ha de llegar precisamente por el estado decadente en que se encuentra sumida España.

Pero si las cosas no son armónicas así se nos presentan en la imagen que de ellas nos forjamos... En algunos hombres se apodera violentamente de su espíritu y les sugestiona de por vida. Produce entonces esos tipos hermosos y originales, de los que salen los mártires de las religiones todas —la anarquía inclusive—, hombres poderosos y tenaces, de voluntad inquebrantable (209).

La idea que Maeztu se había formado del hombre superior se escapa un poco de la que en su día Nietzsche había formulado. Maeztu veía en el súper-hombre un intelectual desconocido que había desarrollado su pensamiento en el estudio de la humanidad: «Pero se que hay diez mil hombres en España que estudian en sus casas y trabajan y crean y son desconocidos. A ellos les pertenece el porvenir. A fe ya es hora que salgan a la luz» (61). Nietzsche también optó por esta valoración en muchos de sus libros, con la diferencia de que Maeztu además de ver a este hombre como un sabio solitario, veía en él un introductor del progreso. Es decir un hombre adaptado a su tiempo. Como un empresario del futuro al que agradecer la buena marcha económica del país. «Si no fuera por el carácter de sus hijos, el mágico desarrollo de las ciudades y de las industrias, se paralizaría como el movimiento de una máquina huérfana de vapor» (90). Está claro que se muestra partidario de la industrialización.

Por desgarrador que pueda parecer, Maeztu, hombre entusiasta y soñador, que tiende una mano siempre al porvenir, no tiene más remedio que aceptar que su tiempo está dominado por espíritus débiles con poca predisposición a la acción.

Pues bien, en nuestra España desventurada, por una lamentable derogación de las leyes dinámicas, por una inversión de las tablas de valores sociales, ha prevaecido, erigiéndose en directora y dominadora, la raza de los inútiles, de los ociosos, de los hombres de engaño y de discurso, sobre la de los hombres de acción, de pensamiento y de trabajo, que era precisamente la única digna de conservar la vida nacional y perpetuarla (67).

El pueblo parece temer a la moral de los fuertes. Se muestra reacio y deja poco espacio para su desarrollo. El pueblo no entiende los beneficios del egoísmo predicado por Nietzsche. Y es verdad que el egoísmo puede ser perjudicial para una parte de la sociedad, pero sólo a esa parte detestable y moribunda que ha guiado el espíritu humano durante la reciente historia.

«¡Egoísmo mortal!» se dice. Mortal, en efecto, para los pastores que venían gobernando a los rebaños con incumplidas promesas de salud; mortal para los cojos, para los ciegos, para los impedidos, para los inútiles que agarrándose al cayado de los pastores vivían en la holganza de los destinos. Egoísmo salvador para las reses vigorosas, que son las que valoran y acreditan una finca (215).

A pesar que se muestra conocedor de la situación del estancamiento social imperante. «Lo que llamaría Federico Nietzsche ‘apogeo de la moral de los esclavos’» (155). No faltan en Maeztu los ánimos. Y se dice a sí mismo: «Mas esa no es la juventud española. Hay otra —a la que yo no pertenezco, para desgracia mía— que lucha cara a cara, trabajando en labor trascendente; no en el fugaz tejido de las ideas» (204). Con esta frase deja ver el abatimiento que realmente le corroe, él defensor del pensamiento, ahora necesita hechos. «¿Se impondrá este grupo diminuto a la multitud exasperada? Si triunfan fatalmente en la historia los principios de vida sobre los de muerte, la victoria de esos pocos no es dudosa» (140). Confía en que los hombres del futuro sabrán llegar a ser súper-hombres, aunque no duda de las dificultades a que estarán expuestos. «Es que el ideal político ya ha muerto y cualquiera que sea la bandera que enarbole un candidato a prohombre, apenas si hallará a sus familiares dispuestos a defenderla» (118).

A pesar de sus ocasionales dudas, de sus esperanzas y de su perspectiva social, él defiende una clara postura que sentencia diciendo: «Entendemos que la única finalidad de la naturaleza consiste en la producción de unas cuantas individualidades poderosas» (206).

Maeztu comprendió el significado de la tragedia, su interpretación de la misma quedó condicionada por las lecturas de Nietzsche. La tragedia tal y como él la vivía debía ser una fuente de energía que nos hiciese amar más allá del bien y del mal. Encontrar este sentido de grandeza en la vida, lo destinaba al hombre de voluntad, aquel que «si sabe aprovecharse de sus dolores convirtiéndolos en el placer de crear; haciendo del sufrimiento y de la muerte afirmación airosa de la vida, brotarán de su pluma los Evangelios de la patria nueva» (200).

«Diga lo que quiera el pesimismo, no moriremos de un hartazgo de dolor» (146), porque el hombre nuevo ya está en camino y con él se encontrará en el placer la redención de la tragedia. «La vida del dolor universal, que durará hasta que los siglos se consuman y se haga pedazos el planeta» (86), será aceptada por el ser humano como goce de vida. Sólo en la tragedia se encuentra la esencia profunda de nuestro ser y es por ello más que necesario dejar que florezca y ser capaces de encontrar la felicidad en ella. Sólo los súper-hombres saben reírse ante la desgracia, sólo ellos encuentran la fortaleza suficiente. «Después del dolor, es necesario un heroísmo más tenaz y más intenso para decirle ‘sí’ a la vida, que para decírselo a la muerte» (140).

La afirmación de la tragedia le hace posicionarse del lado de la lucha:

Es preciso castigar a mucha gente, es preciso hacer rodar muchas cabezas, es preciso que a las guerras coloniales, y a la guerra con Norteamérica, siga la guerra civil para digno remate del siglo. ¿Tenemos muertes?, ¡pues más muertes!... ¿ruinas?... ¡pues más ruinas! (143).

Se glorifica la muerte tanto como la vida, y es que la muerte es a veces salvación no sólo para el que muere, sino para el que sigue con vida. «Quiero al

menos que si no hemos sabido decir 'sí' a la vida, sepamos decírselo a la muerte, haciéndola gloriosa, digna de España» (126).

En relación con la comprensión de la tragedia humana y la superación del hombre vuelve a citar el nombre de Nietzsche:

Las cosas nos se armonizan. ¡Buena está esa armonía, cuando, conforme al pensamiento del gran Nietzsche, cada minuto devora al precedente, cada vida es el resultado de infinitas muertes!, y si de esa brutalidad suprema, de esa danza macabra de los seres pudiera inferirse alguna ley fundamental, ¡sería la del asesinato! (209).

Maeztu defendía un arte puro, un arte libre, un arte que se encontrase lleno de vida, que fuese vida. El arte para él era una herramienta social, en él se encontraba un poder de transmisión de gran alcance. El arte era capaz de mover conciencias y de crear una nueva espiritualidad. Se buscaba la naturalidad, la crudeza artística. Por este motivo fue siempre un defensor de pintores como Zuloaga.

La armonía y la justicia dejan de ser el objetivo de nuestras creaciones artísticas, de nuestras aspiraciones políticas y de nuestras disquisiciones filosóficas. Gracias a la labor de esos atletas del pensamiento el hombre vuelve a encontrarse solo frente a la bruta y ciega sucesión de los hechos (210).

Maeztu también fue un adorador de la belleza de la forma, pero comprendía que está tan sólo llegaría cuando se hubiese encontrado la pureza en el contenido. Primeramente el arte debía desarrollar su función social y colaborar en la medida de lo posible a la realización de un mundo mejor, y tras esto se vestiría con sus mejores galas y se convertiría en elogio de riqueza y esplendor.

Ramiro de Maeztu era un hombre moderno, adaptado a su tiempo, seguidor de tendencias y conocedor de todo cuanto se forjaba en Europa. Creía que el estudio del pensamiento extranjero era un gran valor. La modernidad y el progreso crecían fuera de España y allí había que irlo a buscar, si era necesario. «El público de libros se surte en París» (201). Buscar en nuevos pensadores, en nuevos literatos, en nuevos genios... más allá de la frontera española. Merecidos elogios dedica a los grandes del siglo XIX. En la siguiente cita se ve claramente de dónde había recogido gran parte de su pensamiento. Creyendo que contaminar España con ideas forasteras, no significaba en absoluto quitarle parte de su esencia, sino muy al contrario reforzarla.

Confieso que Max Stirner, Schopenhauer, Etievant, Malthus, y sobre todo Federico Nietzsche dirigiendo sus lógicas hacia su instinto, nos han señalado el derrotero. Gracias a ellos la metafísica y la estética, la sociología y el derecho, la política y la filosofía de la historia, cuantas ciencias escapan al laboratorio, entran por nuevas vías (210).